# BENEVOLO

# UNA IMAGEN DE VENEZUELA

ARQTO. ALFONSO VANEGAS RIZO

La Universidad de Los Andes y la Universidad Central de Venezuela invitaron al Arquitecto Leonardo Benévolo en calidad de ponente del Primer Seminario del Programa de Estudios de Historia de la Arquitectura Moderna adelantado por ambas universidades, el cual se desarrolló entre el 28 de Abril y el 23 de Mayo de 1969, en Mérida y Caracas respectivamente.

El Programa se propone realizar anualmente un ciclo de trabajo de un mes dedicado al análisis de la problemática actual de la ciudad y supone, como base de trabajo, la presentación de las experiencias del ponente de cada uno de los seminarios. El criterio para la selección de los ponentes es el de su participación activa y relevante en el debate cultural de la arquitectura contemporánea.

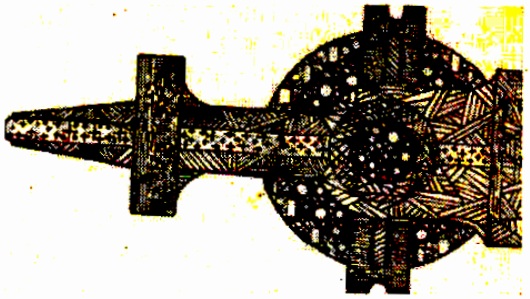
El nombre de Leonardo Benévolo no necesita presentación ya que es ampliamente conocido a través de sus realizaciones como profesional de la arquitectura, como historiador en su campo específico y como educador, mediante una larga y fructífera labor docente.

En el lapso transcurrido entre nosotros, el arquitecto Benévolo tuvo oportunidad de observar el desenvolvimiento de la vida universitaria en particular y de la vida ciudadana en general, en dos organismos urbanos lo suficientemente característicos de la actualidad del país para suministrar los elementos de juicio necesarios para comprenderla.

Los dos artículos que se publican a continuación, plasman magistralmente una imagen de Venezuela que, aún cuando necesariamente genérica, no es por ello menos válida en su impresionante lucidez.

# LA LECCION DE VENEZUELA

LEONARDO BENEVOLO



Viaje a Caracas: dos millones de habitantes que se covertirán en seis dentro de veinte años. Viejos y nuevos privilegios y contradicciones.

Venezuela y Chile son los dos países suramericanos que todavía no están gobernados por una junta militar, sino por una mayoría elegida según el procedimiento democrático. Esto no significa que la situación política sea substancialmente diversa, sino que la situación común del continente suramericano se revela más abiertamente. Los desequilibrios constitucionales de esta sociedad, incluyendo los de los asentamiento urbanos y rurales, sobresalen con la mayor evidencia, incluídos dentro de una incertidumbre general —desarrollo contínuo o discontínuo, discusión o lucha armada— que acentúa la responsabilidad de todas las decisiones particulares.

Los asentamientos, en la ciudad y en el campo, se están transformando rápidamente. Caracas tiene hoy casi dos millones de habitantes, pero llegará a tener seis millones dentro de veinte años; muchas otras ciudades, centros industriales o centros de servicio tienen un desarrollo igual e inclusive mayor. El volumen de la población —que hoy en día no llega a los ocho millones— y su distribución en el territorio, son datos provisionales, que cambiarán por completo en poco tiempo; las previsiones que se hacen normalmente para 1980 ó 1990 parecen muy distanciadas de la realidad y se vuelven precarias ante la incertidumbre del curso político futuro. Actualmente los programas del gobierno no ofrecen la seguridad de un desarrollo a largo plazo, y la llegada de los partidos al poder no basta para producir un verdadero cambio de dirección, porque el gobierno no es la autoridad más importante del país: depende de las industrias petrolíferas extranjeras que suministran con sus derechos la mayor parte de las entradas del estado, y funciona a manera de sostén una serie de privilegios viejos y nuevos, aún cuando tiene que afrontar día tras día, los graves problemas organizativos de un país en rápido desarrollo.

Las contradicciones del régimen político se reflejan en la escena construída. El gobierno lleva adelante grandes programas de planificación urbana y territorial (por ejemplo la formación de nuevas ciudades: Ciudad Guayana en el interior, realizada ya en parte, y otras dos de próxima realización para aliviar el crecimiento de Caracas y Maracaibo; la institución de parques nacionales en las zonas montañosas, que por ahora son casi inoperantes pero que en el futuro serán verdaderamente preciosos para equilibrar la urbanización de los valles y de las llanuras; las autopistas, los acueductos, y las nuevas industrias básicas —petrolíferas, químicas, siderúrgicas— con financiamiento del capital público); sin embargo el gobierno no parece tener la capacidad de oponerse, en ningún punto, a los intereses privados de los empresarios y de la propiedad territorial, los cuales absorben la mayor parte de las ventajas de toda operación.

El proyecto y el control de la realización de las obras públicas están rigídamente centralizados en la capital. Las dos oficinas principales de planificación urbanística y arquitectónica. —la Dirección General de Planeamiento, que hace los planes reguladores de las ciudades, y el Banco Obrero que hace los barrios de habitación para las clases populares— son organismos burocráticos y difíciles de modernizar, que se rigen por unos cuantos modelos esquemáticos: para las ciudades los planes tradicionales de vialidad y de zonificación limitados al perímetro urbano, para los barrios populares los proyectos-tipo de casas en hilera o de bloques de varios pisos, repetidos en todo el país sin ninguna referencia al clima y al ambiente. El carácter sumario de estos modelos hace que la organización centralizada se presenta como inútil e incomprensible, pero las limitaciones propias de las obras públicas son de origen político y no técnico. La simplicidad de los planes reguladores genera la introducción de un mínimo número de obstáculos a la especulación sobre los terrenos; la uniformidad de los barrios populares los obliga a mantenerse —aún cuando son grandes— como episodios subordinados dentro del organismo de la ciudad, o sea que no pone en discusión la primacía de la edificación privada dentro de la determinación de la forma y de la estructura de la ciudad.

De este modo ni los planes reguladores ni los barrios populares son capaces de resolver el problema más desconcertante de las ciudades venezolanas: el aumento de los "ranchos", que en Caracas llegan a albergar casi medio millón de personas. A ellos afluyen los inmigrantes que vienen del campo y de los centros menores, pero de ahí no pasan hacia el resto de la ciudad; los "ranchos" se consolidan como barrios estables, con la instalación de los servicios primarios elementales —agua, luz eléctrica y nada más— y se constituyen en el escalón más bajo de una gama de asentamientos diferenciados para las diversas clases, que confirma y perpetúa las diferencias sociales.

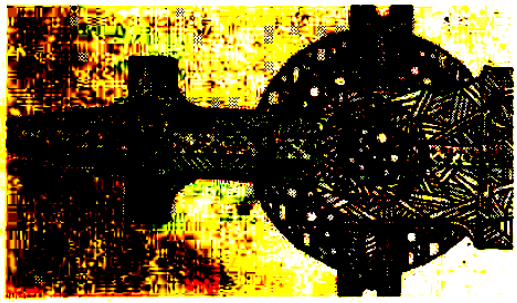
Estas condiciones de un carácter tan vinculante empujan a la mayor parte de los arquitectos a buscar su margen de libertad casi solamente en la definición de las apariencias formales y puesto que esta definición es independiente de las constantes tipológicas, puede fácilmente depender de la imitación de ésta o aquella tendencia internacional; así nace el eclecticismo, que es típico de la cultura arquitectónica venezolana. Incluso la escogencia de proyectistas extranjeros para algunas obras públicas o para las iniciativas urbanísticas más importantes (Morandi para el puente de Maracaibo, el Joint Center de Harvard para las nuevas ciudades) llega a ser una manifestación de eclecticismo en

mayor escala, sin ninguna relación con las exigencias y las oportunidades ejecutivas de la localidad.

En Venezuela las diferencias de clase evidenciadas y reafirmadas por la arquitectura son mucho mayores que en Italia, aun cuando soportadas con una aparente resignación; en cambio el actual ordenamiento urbano parece menos estabilizado que el italiano. No existe la continuidad del círculo productivo —entre administración, propiedad, industria de la construcción y enseñanza— y por lo tanto no existe la inevitable uniformidad de nuestro paisaje urbano; tampoco existe en protección de esta continuidad el enorme aparato cultural académico, que en Italia cubre prontamente toda discusión seria sobre el desarrollo de las ciudades: en Venezuela se discute igualmente mal, pero por lo menos se discute al descubierto, sin encontrarse a cada paso con la "ciudad-monumento", la "nueva dimensión" la "forma significante", las "emergencias arquitectónicas" y las otras infinitas tonterías cultivadas en nuestros invernaderos universitarios y distribuídas al gran público por los libros y las revistas. La combinación del poder urbano, como aquella otra mucho más general del poder político es más injusta pero menos sólida. Los elementos de la jerarquía urbana —los "ranchos" para las clases no integradas, los barrios del Banco Obrero para el proletariado en vía de integración, los edificios y las "quintas" de la burguesía, los impenetrables edificios de las industrias extranjeras proyectados en el exterior— revelan una multiplicidad de poderes independientes, solidarios en mantener el sistema actual pero aún lejanos de encontrar un estable compromiso recíproco. Los arquitectos y los estudiosos de arquitectura más serios trabajan partiendo de estos contrastes, y, parece que comprenden, mucho más que aquí en Italia, el valor civil y político de sus decisiones.

En el pasado, en condiciones mucho más sencillas, la arquitectura alcanzó por su cuenta resultados bastantes notables: la ciudad universitaria de Caracas proyectada por Carlos Raúl Villanueva en el tiempo del dictador Pérez Jiménez, es aún hoy la parte más civil de la ciudad, la única en donde existe una escala humana aceptable, una justa relación entre edificios y zonas verdes. Hoy en condiciones más difíciles, nadie persiste en cultivar la ilusión de que se puedan alcanzar resultados análogos sin afrontar deliberadamente la relación entre arquitectura y política; es por ésto que la lección de Venezuela tiene un valor general, sobre todo para nosotros en Europa.

(Tomado de la revista "Sette giorni in Italia e nel mondo". - Número 105 - 15 de Junio de 1969 - pág. 35).



## UNA CONTRIBUCION POLITICA

La Universidad tiene en Venezuela una función muy diversa de la que tiene en Italia; las principales razones de esta diversidad parecen ser las tres siguientes:

1) El desarrollo de la Universidad no es una simple consecuencia del desarrollo de las fuerzas económicas actuales, pero puede modificar la distribución actual de estas fuerzas. En efecto las empresas más importantes, en Venezuela, dependen todavía del capital extranjero, y podrían funcionar sin ninguna dificultad con personal entrenado en el exterior. La formación del personal técnico en el país estimula la formación de nuevas empresas nacionales (y es precisamente por ello por lo que el gobierno no puede abstenerse de desarrollar la Universidad), o sea que la Universidad influencia la vida económica en mayor medida de cuanto pueda ser influenciada por ella; por este motivo es un elemento importante de la vida civil, comentado, criticado, combatido en proporción a la amplitud de sus efectos.

Por estas mismas razones las Universidades son bastante autónomas; sus diversas escuelas especialmente, sus cuerpos directivos, no son necesariamente progresistas, pero son en gran medida independientes de las fuerzas políticas y económicas, y a menudo están en conflicto con ellas.

2) La escasez de especialistas impide al gobierno y a las autoridades académicas la posibilidad de escoger de entre ellos, los más dóciles y menos peligrosos para el actual equilibrio político. No existe en toda la América del Sur esa excedencia de intelectuales desocupados que permite, en nuestras Universidades, seleccionar al revés los profesores, escogiendo y promoviendo a los menos intruidos y a los menos trabajadores. En cambio en Venezuela todos los estudiosos más preparados —y con toda probabilidad, los más conscientes de su papel político— trabajan en la Universidad; a menudo se les hace difícil la vida, y muy raramente llegan a ocupar los cargos directivos más importantes, pero crean en las Universidades una polémica vivaz y mantienen en vida un clima cultural más estimulante que el nuestro.

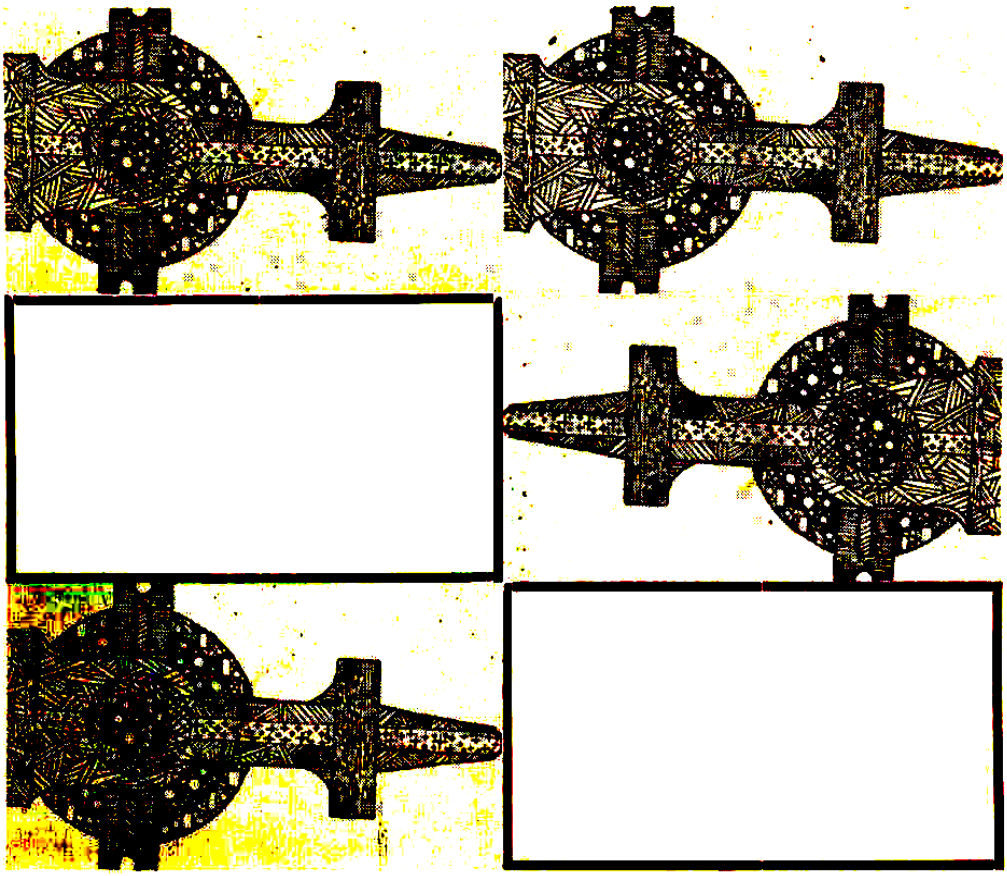
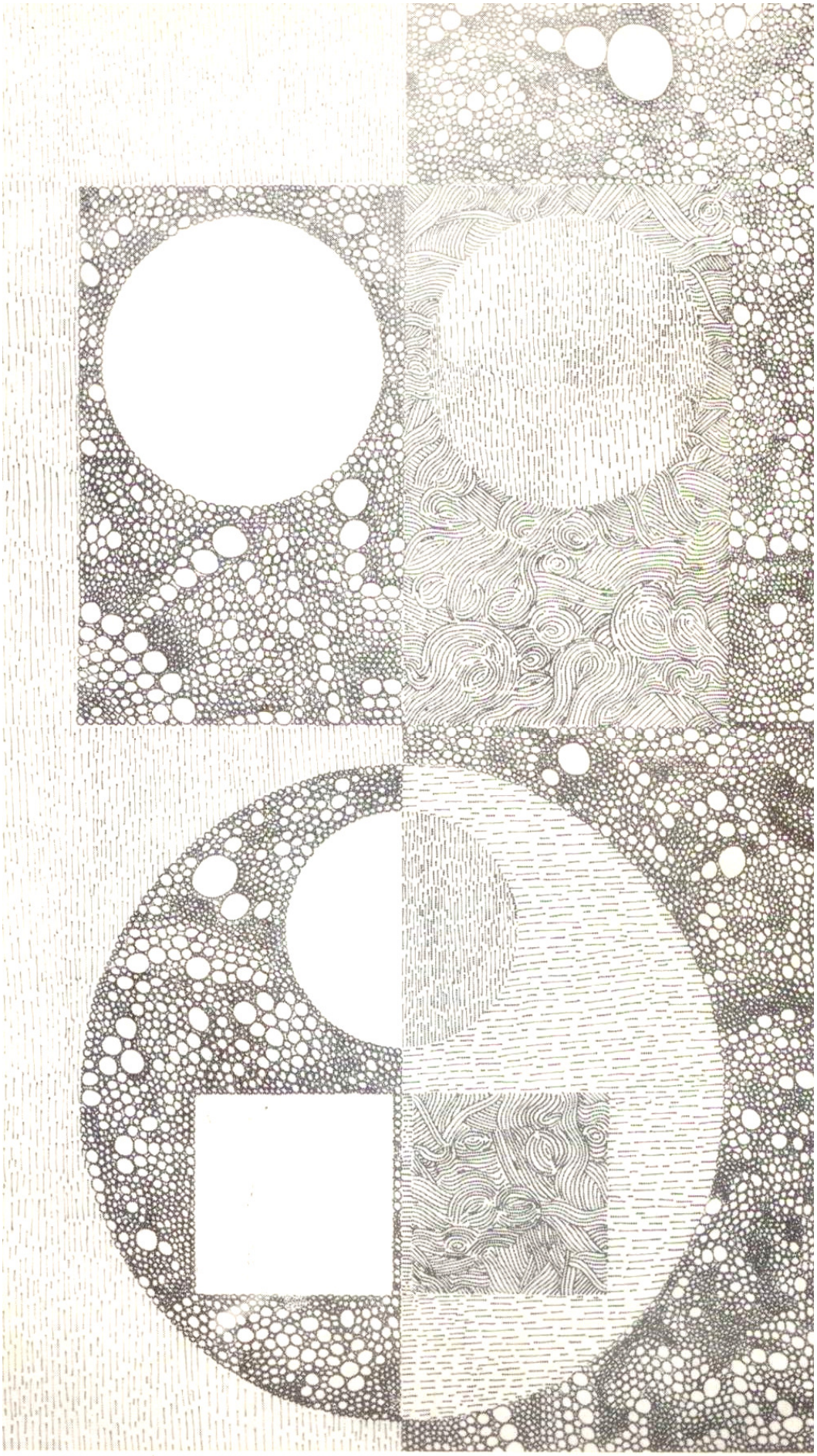
3) Una mayor autonomía y un mayor prestigio cultural influencian la dotación de la Universidad la cual es, sin comparación, mayor y mejor que la nuestra. Las Universidades venezolanas disponen de más dinero, pagan sueldos mejores a los profesores y dan una asistencia mucho mayor a los estudiantes; están organizadas de un modo más moderno, según los modelos anglosajones, y gobernadas por autoridades elegidas mediante el concurso de todo el personal universitario, incluídos los estudiantes; poseen instalaciones más amplias, las cuales en muchos casos figuran entre las obras más importantes de la arquitectura moderna en el país. La mayor dotación de servicios de las Universidades, al mismo tiempo que la menor dotación de servicios de los organismos urbanos en donde ellas se encuentran conducen en muchos casos a hacer depender toda la ciudad de las instituciones universitarias: este es el caso de Mérida, una ciudad de 60.000 habitantes que se desarrolla casi exclusivamente en función de la Universidad de Los Andes.

Dentro de esta situación de la Universidad venezolana se inscriben los desarrollos del movimiento estudiantil, hoy en día difundido en todo el mundo. El movimiento comenzó un poco más tarde que en Europa, y como una consecuencia de los clamorosos conflictos europeos y norteamericanos. Quizás posee los mismos defectos iniciales de los primeros movimientos europeos; se limita a pedir una "renovación" interna de la Universidad; persigue un acuerdo inmediato con las autoridades para lograr una serie de cambios parciales, no coordinados dentro de un diseño unitario; por último, está ampliamente instrumen-

talizado por los partidos políticos ya existentes. Pero es precisamente esa repetición de los mismos errores la que parece presagiar un desarrollo muy similar: la experiencia de los primeros fracasos y de las medidas represivas oficiales demostrará, tarde o temprano, que un cambio interno de la Universidad debe depender de un cambio de los objetivos a los cuales está dirigida la organización actual, y este segundo cambio sólo será posible a largo término, después de una serie de crisis cada vez más graves; la localización de los objetivos externos a la Universidad pondrá en claro las relaciones con los partidos políticos existentes, y empujará el movimiento estudiantil a moverse en un nuevo espacio político diverso del tradicional, influenciando a su vez a los otros grupos que hoy lo condicionan.

La situación venezolana, descrita en este artículo y en el precedente, produce ventajas y desventajas para el movimiento estudiantil. Las ventajas se derivan de la importancia de las Universidades y del grado de desarrollo que ya han logrado alcanzar hoy en día; los estudiantes ponen en crisis uno de los factores primarios del sistema actual, y activan el contraste entre éste y los otros factores; los incidentes universitarios hallan amplísima resonancia en los periódicos en la radio y en la televisión, y no se intenta disimularlos, como se hace en Italia; la organización mucho más adelantada de las Universidades elimina del problema algunas reivindicaciones, como por ejemplo la participación de los estudiantes en los órganos de autogobierno, que entre nosotros todavía es un objetivo futuro; los estudiosos más preparados, formando parte de la Universidad, son desde un principio válidos interlocutores de los estudiantes, y pueden acelerar la evolución del movimiento. Pero el desnivel existente entre la Universdad y el resto de la vida civil produce también una serie de desventajas: esconde la conexión entre la Universidad y los hechos externos —por ejemplo, entre la organización de las Facultades de arquitectura y el funcionamiento de las ciudades— o sea que facilita el diferimiento de las reivindicaciones internas; indica, como contraparte de la discusión, solamente a los órganos y a los grupos dominantes, corriendo el riesgo de mantener cualquier contraste dentro del ámbito de la élite privilegiada económicamente, de antemano instruída y politizada, es decir, que obstaculiza la relación con las clases pobres, mantenidas al margen de la sociedad, e impide reconocer la verdadera dimensión social de los problemas planteados. La discriminación de los pobres comienza mucho antes: en la escuela primaria, en el trabajo, en los "ranchos" separados de la ciudad burguesa, y bloquea por ahora cualquier comunicación efectiva entre las diversas clases, inclusive en los movimientos de oposición. Todos estos movimientos —incluídas las guerrillas, por lo que se dice— han nacido como revueltas de minorías intelectuales, y encuentran dificultades para superar este estado inicial; las mayorías explotadas y envilecidas por la segregación social— cuya confirmación arquitectónica la constituyen los "ranchos"— son todavía en su mayor parte objetos pasivos y nó sujetos del debate político; custodian una reserva de cualidades humanas, innatas o adquiridas resistiendo a dificultades infinitas, quizás decisivas en un vuelco futuro pero por ahora desperdiciadas dolorosamente en infinitos esfuerzos individuales cotidianos. Estas reflexiones se derivan de un mes de trabajo en común con un grupo de profesores y estudiantes de arquitectura de la Universidad de Los Andes y de la Universidad Central: los profesores de historia Alfonso Vanegas y Juan Pedro Posani, algunos profesores de diseño y de urbanismo y los componentes de algunos "talleres" de diseño de la Universidad Central. Mi curso de lecciones

quería demostrar teóricamente la relación entre los problemas de la arquitectura y los problemas de la Universidad, a partir de la comprensión de su naturaleza política común; el encuentro con los amigos venezolanos me ha demostrado en la práctica, la realidad y la enorme responsabilidad de este mismo razonamiento. No solamente de la arquitectura o de la Universidad, sino también de las decisiones que se tomen tanto en éstos como en otros sectores de la vida civil, puede venir una contribución política capaz de inclinar la balanza hacia una evolución pacífica o hacia una revolución. Los conflictos armados dentro de la ciudad universitaria de Caracas, y el ruido de los disparos que de cuando en cuando interrumpían nuestras laboriosas discusiones, nos recordaban la gravedad de esta alternativa. En Venezuela la alternativa es inminente, en Europa quizás es más lejana, pero la responsabilidad de las decisiones posee y exige el mismo nivel de preocupación; por ello el acontecer suramericano vale como enseñanza para todos.

Este acontecer, de naturaleza tan comprometedora, no ha encontrado todavía sus protagonistas naturales. El debate está conducido por diversas minorías y no por todos los que tendrían mayor interés en provocar un cambio de la situación. El movimiento universitario, si sabe interpretar en el futuro su obligación con la historia, podrá quizás provocar el encuentro entre la vanguardia y la base, y precipitar así en un sentido o en otro, la crisis que ya está abierta.

(Tomado de la Revista "Sette giorni in Italia e nel mondo". - Número 106 - de Junio de 1969. - pág. 35).